

**COMPARA TIBI PRAECEPTOREM SANCTISSIMUM:
LAS EPÍSTOLAS DE RAVISIO TEXTOR COMO MANUAL
DE EPISTOLOGRAFÍA Y ALGO MÁS**

Teresa Jiménez Calvente
Universidad de Alcalá de Henares

La vocación pedagógica de los eruditos de los siglos XV y XVI en Europa se percibe clara en el panorama literario del momento. Y es así porque había arraigado la idea de que la sociedad y el tipo de enseñanza instalada en las aulas universitarias habían contribuido a una cierta degradación del individuo. Frente a esta percepción pesimista de una juventud dada a los placeres del vino, del amor y del juego (un tópico explotado hasta la saciedad por la poesía lírica mediolatina desde los siglos XII y XIII, nacida –no hay que olvidarlo– en el seno de las universidades y estudios generales), se buscaron nuevos métodos y modelos de enseñanza que garantizaran la consecución de dos objetivos: por un lado, una buena formación académica, en la que se incluían nuevas disciplinas de estudio olvidadas o, en algún sentido, orilladas en el contexto de una enseñanza superior tendente a la formación de teólogos, juristas y médicos; por otro, la formación moral de aquellos discípulos que militaban en estas nuevas escuelas, verdaderos centros de educación que proporcionaban unos cimientos más sólidos para el posterior desempeño de esas profesiones y otras nuevas, reclamadas por unas cortes y cancillerías más burocratizadas y por una sociedad más opulenta, interesada en el cultivo del espíritu y las artes. La reivindicación de la Gramática y de la Retórica como disciplinas funda-

mentales en el currículo propició la aparición de nuevos métodos de enseñanza y de unos manuales que habrían de permitir la recuperación de las antiguas esencias de esas disciplinas: desde diversos ángulos surgieron voces contra la enseñanza reglada, representada por un mundo universitario, en el que, según se decía, habían echado raíces las peores tendencias de la propedéutica. Para liberarse de ellas, se precisaba una vuelta a los orígenes.

Desde las oficinas de los *dictatores*, los nuevos estudios y algunas cancillerías, se predicó un nuevo estilo basado en la *imitatio* consciente de los clásicos, que, amén de ofrecer ejemplos de expresión, mostraban un mundo nuevo, que se antojaba resplandeciente y luminoso. De todos modos, para acceder directamente a esa realidad –fácil de entrever por cualquiera gracias a la ampliación del canon de lecturas–, se imponía el dominio del latín. En pos de esta meta concreta, los nuevos profesores gastaron muchas horas de trabajo en la elaboración de lo que podríamos llamar “materiales didácticos” para conseguir que sus alumnos tuvieran un acceso rápido a los libros. A partir de esas lecturas, se aspiraba a que los alumnos lograsen, al mismo tiempo, un conocimiento más profundo del latín y una maduración adecuada de su espíritu, doble obsesión que se percibe nítida tanto entre los valedores de la Reforma como en la ortodoxia católica (pongo por caso, sin necesidad de aducir otros ejemplos, la *ratio studiorum* de la Compañía de Jesús). Este segundo propósito era cuando menos tan importante como el primero; de hecho, la preocupación por la moralidad de la ciudadanía, que ahora recibía la atención de los estudiosos bajo el amparo de la Filosofía Moral, fue una constante por esos años en que la Iglesia había iniciado una peculiar vuelta a los orígenes en su deseo de renovación y purga¹.

¹ Para el caso concreto de España, *vid.* Eugenio Asensio, “El erasmismo y las corrientes espirituales afines”, en *Revista de Filología Española*, 36 (1952), pp. 31-99 (existe una reimpresión del trabajo en la colección “Publicaciones del Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas [SEMYR], Salamanca, 2000). También ofrece una magnífico panorama de estas corrientes reformistas José Juan Morcillo Pérez, *Primer abecedario espiritual de Francisco de Osuna*, Madrid, Editorial Cisneros, 2004, pp. XXI-XLVIII.

Si bien los fundamentos y las aspiraciones estaban perfectamente definidos, lo realmente difícil era encontrar un método rápido y eficaz que combinase la enseñanza del latín (y, por supuesto, del griego) con unos sólidos principios morales. Había, pues, que recuperar la pureza de la lengua bebiendo en los autores de antaño; ahora bien, como señala Jensen², “los textos clásicos no estaban graduados según el nivel de dificultad, ni había ninguno escrito para principiantes”. En otras palabras, los profesores de gramática tuvieron que ideárselas para encontrar textos adecuados al nivel de sus alumnos. En la carrera por presentar el mejor método de aprendizaje, fueron muchas las opiniones enfrentadas y muchas también las críticas contra los manuales al uso. Sin embargo, a pesar de las pullas, algunas de las gramáticas más célebres durante el Medievo siguieron gozando de una posición privilegiada y prolongaron su condición de referente inexcusable para las nuevas generaciones³. Fueron dos las vías principales para afrontar el problema: recuperar y readaptar algunos célebres manuales de gramática del Medievo o proponer otros distintos que aspiraban a colmar las lagunas e incorrecciones de sus predecesores. Lo mismo ocurría con relación a los textos más adecuados para los principiantes, elemento indispensable para desarrollar la famosa *enarratio poetarum*: se podía recurrir a los textos utilizados por las generaciones previas, una vez depurados y editados conforme a unos criterios más exigentes; también era posible utilizar algunos de los textos clásicos recién exhumados por los estudiosos siempre y cuando no fuesen de una dificultad excesiva. Incluso hubo quien se lanzó a componer nuevos textos en los que se aunaba el cultivo de un buen latín con las exigencias de la moral cristiana, como es el caso de los *Colloquia* de Erasmo. De ese modo, los maestros editaron, comentaron y compusieron una cantidad ingente de textos para alcanzar un doble objetivo: enseñar y, de paso, lograr un pedacito de fama a través de esos mismos escritos. Sin

² Cfr. Kristian Jensen, “La reforma humanística de la lengua latina y de su enseñanza”, en *Introducción al humanismo renacentista*, ed. Jill Kraye, Cambridge, University Press, 1998, pp. 93-114, p. 104.

³ Cfr. Robert Black, *Humanism and Education in Medieval and Renaissance Italy. Tradition and Innovation in Latin Schools from Twelfth to the Fifteenth Century*, Cambridge-Nueva York, University Press, 2001.

embargo, aunque el saber era algo deseable en sí mismo, encerraba peligros ciertos, como demostraron más tarde aquellos que se erigieron contra las herejías y la Reforma, hija última de un movimiento de renovación amparado por la incipiente filología bíblica; de hecho, la censura de los textos y autores recién descubiertos se convirtió paradójicamente en una práctica habitual tanto en las escuelas católicas como en las protestantes.

Gracias a la ingente labor erudita desarrollada en estos siglos, el canon de lecturas se enriqueció y, lógicamente, se adaptó a la escuela para conseguir una completa “inmersión lingüística” de los alumnos desde los primeros momentos. En Italia, cuna de esta profunda renovación de la enseñanza, se apostó en muchas ocasiones por la recuperación del latín a través de los propios clásicos. En otros lugares, por el contrario, se insistió en la importancia de las gramáticas normativas y descriptivas, que debían ser el elemento primero y primordial⁴. Si sobre este particular existieron posturas contrarias, no fue menor la preocupación por determinar qué textos eran los más adecuados. Al lado de Terencio y Salustio, las recién recuperadas epístolas de Cicerón desempeñaron un importantísimo papel en los currículos

⁴ Esta pugna contra los métodos tradicionales está presente en las palabras que Juan Maldonado dedica a su maestro Lucio Flaminio Sículo, quien se muestra contrario a los maestros españoles, empeñados en servirse de las *Introductiones Latinae* de Nebrija como único instrumento para la enseñanza; a decir del italiano, Nebrija (al que reconocía méritos y conocimientos) había incluido en su gramática preceptos *non quae proponi debeant iuventuti* (“que no deberían mostrarse a los jóvenes”). Por el contrario, el método que él practica y que, según sus palabras, está vigente en Italia consiste en mostrar a los niños “un cuaderno de tres o cuatro hojas en las que se incluyen una breves normas para declinar y conjugar; una vez concluido esto -lo que realmente se hace en un mes- les mandamos que apliquen inmediatamente su espíritu a Terencio y Salustio” (cfr. Eugenio Asensio y Juan Alcina Rovira, “*Paraenesis ad Litteras*”. *Juan de Maldonado y el Humanismo español en tiempos de Carlos V*, Madrid, FUE, 1980, p. 117). Este mismo planteamiento asiste la gramática del también italiano Lucio Marinese Sículo, dedicada a la Reina Isabel la Católica en 1501 y publicada de nuevo en 1532 con una nueva dedicatoria al futuro Felipe II (cfr. Luis Alfonso Hernández Miguel, «La gramática latina en Alcalá de Henares en el siglo XVI», en *Humanistica Lovaniensia*, 45 (1996), pp. 320-347).

escolares⁵. Éstas no sólo presentaban un latín más sencillo y accesible, sino que brindaban a la vez la posibilidad de conocer de una manera práctica la poética de uno de los géneros más exitosos del momento: la carta⁶. A ello hay que añadir que esas epístolas se presentaban como el procedimiento más adecuado para captar los principios básicos del estilo de Cicerón, considerado como modelo por antonomasia de mejor de los latines. Como ya mostró Kristeller, el Humanismo sintió desde muy pronto una clara vocación propedéutica; más en particular, hay que recordar que fueron los *dictatores* profesionales los primeros en iniciar una renovación estilística en el arte de componer cartas⁷. La carta y, más aún, las colecciones de cartas se convirtieron en uno de los géneros más estimados y demandados por la sociedad de aquel entonces; a partir de ese momento, las cartas se escriben, se leen, se coleccionan como un objeto preciado y, en última instancia, se editan y se dan a conocer, lo que las convirtió en un vehículo privilegiado para la difusión de las nuevas modas culturales a lo largo y ancho de Europa.

En este efervescente contexto y como partícipe de todas estas tribulaciones se erige la figura de Juan Ravisio Textor (1480-1524), también conocido como Jean de Tixier o *Iohannes Ravisius Textor*, rector

⁵ Vid. Paul Grendler, *Schooling in Renaissance Italy. Literacy and Learning, 1300/1600*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1989.

⁶ Sobre el auge de la literatura epistolar en el Renacimiento la bibliografía existente es amplísima. Por ese motivo, me voy a permitir citar tan sólo un par de referencias aparecidas recientemente en España: Gonzalo Pontón, *Correspondencias: los orígenes del arte epistolar en España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002 y Pedro Martín Baños, *El arte epistolar en el Renacimiento europeo (1400-1600)*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2005, que contiene una buena actualización bibliográfica al final. Estas referencias pueden complementarse con las incluidas en la bibliografía comentada de Jozef Ijsewijn y Dirk Sacré, *Companion to Neo-Latin Studies*, parte II, Lovaina, University Press, 1998, pp. 28-228. Tampoco puedo dejar de citar mi artículo “Epístola”, incluido en la *Enciclopedia Universal Multimedia de Micronet* (formato electrónico), y la extensa introducción que precede a mi edición de las epístolas de Lucio Marineo Sículo: *Un humanista siciliano en la corte de los Reyes Católicos. Los Epistolarum familiarium libri XVII de Lucio Marineo Sículo*, Alcalá de Henares, Universidad, 2001.

⁷ Cfr. Paul Oskar Kristeller, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, México, FCE, 1982.

durante muchos años del Colegio de Navarra en la Universidad de París. Es llamativo –y paradójico, si se tiene en cuenta su fama en aquel entonces y la frecuencia con que se le cita en nuestros días–, lo poco que sabemos sobre la vida y la obra de este afamado erudito francés, autor de unas celebérrimas polianteas, género literario profundamente enraizado en la práctica docente y literaria de aquella época⁸. Justo al comienzo de su *Officina poetica* (París, 1520), dedicada a su maestro *Ioannis Bolvacus*, Textor admite que su obra está confeccionada a base de retazos y fragmentos extraídos de los clásicos, por lo que, en un gesto de calculada modestia, reconoce que las alabanzas que le han dedicado por esta obra no son del todo justas, pues “no quiero ser un Sufeno o imitar a las simias, que consideran a su crías hermosísimas aunque sean deformes”. Unas líneas más abajo, pide además disculpas por los posibles errores que hayan podido deslizarse, pues apenas ha tenido tiempo para corregir esta obra al verse obligado a gastar su tiempo *erudiendis iuvenibus*. Años más tarde, Conrado Lycosthenes, editor de la *Officina* en Basilea en 1552, volvía a exculpar a Ravisio de los innumerables errores tipográficos y ortográficos existentes en la obra por el hecho de que su actividad docente apenas si le había dejado tiempo para corregirla.

La obra persigue, antes de nada, dotar a los estudiantes de materiales adecuados para sus composiciones, en línea con otras tantas polianteas y libros de la época que recogían tópicos y lugares comunes. En realidad, estas obras se convirtieron a la postre en verdaderas enciclopedias cuya compilación era recomendada por intelectuales de la talla de Juan Luis Vives, Erasmo o Melanchton como un método

⁸ A este respecto, destacan en España los trabajos de Aurora Egado, “Lope de Vega, Ravisio Textor y la creación del mundo como arte”, en *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, pp. 171-184, y José M^a Maestre Maestre, “La influencia de la *Officina* de Ravisio Textor en *Las Abidas* de Jerónimo Arbolanche”, en *Humanismo y Tradición Clásica en España y América*, León, Univ. de León, 2004, pp. 151-179. En el panorama internacional, siguen siendo fundamentales las aproximaciones de I. D. Mcfarlane, “Reflections on Ravisius Textor’s *Specimen Epithetorum*” y la de Walter J. Ong, “Commonplace Rhapsody: Ravisius Textor, Zwinger and Shakespeare”, ambos trabajos en *Classical Influences on European Culture A. D. 1500-1700*, ed. Robert R. Bolgar, Cambridge, University Press, 1976, pp. 81-90 y 91-126 respectivamente.

eficaz para el aprendizaje y como una herramienta indispensable para la posterior composición y embellecimiento de los textos. Según la define Moss, en un trabajo que sólo puedo tildar de magnífico⁹, la *Officina* de Textor es una “lista de ejemplos sobre cualquier asunto que uno pueda imaginar con algunas acotaciones apropiadas.” En esa primera edición, los ejemplos quedaban agrupados según el universal principio de afines y opuestos, sin que hubiese ningún tipo de índice para facilitar la búsqueda, algo que quedó subsanado en parte en las diferentes ediciones de la obra realizadas a lo largo del siglo XVI¹⁰. En este interés por ofrecer el saber debidamente extractado y ordenado, el Renacimiento siguió una estela inaugurada ya en la Antigüedad y plenamente desarrollada en la Edad Media, en que la elaboración de *florilegia*, enciclopedias y demás compilaciones fue tarea común entre los eruditos y la base misma del aprendizaje y de la enseñanza. El éxito de este tipo de obras se justificaba por la necesidad de tener a mano fragmentos, frases y sentencias entresacados de los *auctores*, verdadero armazón de la argumentación retórica de acuerdo con una extendida interpretación de la *inventio* un tanto alejada de la dialéctica¹¹. En esencia, esta situación no difería mucho de la que encontramos en el primer Humanismo, y aún se dilató a lo largo de los siglos XVI y XVII¹². Con todo, en los nuevos *florilegia* se aprecia un mayor cuidado en la transcripción y edición de los textos y en la forma de citarlos,

⁹ Cfr. Ann Moss, *Printed Commonplace-Books and the Structuring of Renaissance Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1996, p. 114.

¹⁰ Walter J. Ong, *art. cit.*, pp. 95-110, realiza un pormenorizado análisis de la *Officina* y de su sección, después editada como parte independiente, *Cornucopia*, en el que pone de relieve la caótica disposición de los materiales en las primeras ediciones aparecidas en el mercado.

¹¹ Esta forma de actuar tenía su plena razón de ser en la oratoria sagrada, según había demostrado San Agustín, pues no era preciso recurrir al silogismo lógico para encontrar una verdad que Dios ya había revelado a los hombres. Sobre este particular, *vid.* James J. Murphy, *La retórica en la Edad Media. Historia de la teoría retórica desde San Agustín hasta el Renacimiento* [1974], México, FCE, 1986, y Marc Fumaroli, *L'âge de l'éloquence. Rhétorique et “res literaria” de la Renaissance à seuil de l'époque classique*, Ginebra, Droz, 1980.

¹² Sobre el desarrollo de la oratoria en el Renacimiento, *vid.* James J. Murphy, ed., *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la práctica y la teoría de la Retórica renacentista*, Madrid, Visor, 1999.

mucho más precisa ahora; otras novedades perceptibles son el mayor número de autores incluidos (la nómina es mucho más amplia a causa de los continuos hallazgos), la nueva disposición de los materiales para facilitar su manejo y, en fin, su difusión a gran escala gracias al concurso de la imprenta¹³.

Por lo general, también las restantes obras de Ravisio fueron concebidas como respuesta a estas necesidades básicas y acuciantes: la de suministrar materiales apropiados a los estudiantes (*iuvenes*) y a los profesionales para engalanar sus escritos o para interpretar mejor los versos ajenos; así, su *Sylva Epithetorum* es una exhaustiva lista de nombres seguidos de los adjetivos más comúnmente asociados a ellos a partir de los ejemplos suministrados por un buen número de autores antiguos y modernos (su primera edición es de 1518 y aún tuvo, al menos, otras diez ediciones más hasta 1664)¹⁴. En esta misma línea de ofrecer materiales diversos que podían servir de apoyo y ayuda en la labor erudita se inscribe su *De memorabilibus et claris mulieribus: aliquot diversorum scriptorum opera*, publicado en París en 1521, clara muestra del archiconocido género de los catálogos de mujeres ilustres; en este caso, su galería de retratos está construida como un centón confeccionado a partir de fragmentos extraídos de obras ajenas y con algunos ejemplos entresacados de sus propias compilaciones. En cuanto a su *Cornucopiae Epitome*, se trata de una sección de la *Officina* que, desgajada del conjunto, obtuvo vida propia; en ella se recogen aquellos lugares que abundan en diversos productos y aquellos otros que carecen de ellos. Esto es, al menos, lo que el propio Ravisio explica a su amigo *Blasius*, a quien describe como un hombre ávido de conocimientos en el epigrama que precede la obra en la edición de Basilea de 1552 (vv. 11-13):

Omnia munifico dabit haec tibi Copia cornu
et Phrygio poteris ditior esse Mida.
Vis aurum et gemmas? Est gemmis dives et auro.
Vis ferrum et chalybem? ferrum habet et chalybem.

¹³ Cfr. Teresa Jiménez Calvente, “Los humanistas y sus herramientas filológicas: polianteads, florilegios y otros útiles”, en *La Corónica* (2007) [en prensa].

¹⁴ Un buen resumen de esta obra nos lo ofrece I. D. Mcfarlane, *art. cit.*

[Esta Copia con su generoso cuerno todo te dará
y podrás ser más rica que Midas el frigio.
¿Quieres oro y gemas? Rica en gemas y en oro es.
¿Quieres hierro y acero? Hierro tiene y acero].

Dada la riqueza de la información allí contenida, este tipo de obras colmaba además el común deseo de aprender sobre la Antigüedad, elevada a la categoría de modelo entre gentes que no podían dedicar todo su tiempo a expurgar y entresacar las enseñanzas de los propios textos. El interés por aprender sobre el pasado, el afán por desentrañar los sentidos ocultos de la poesía y la moda de componer versos latinos explican sin duda el éxito editorial de este tipo de compilaciones; así, el editor de la *Sylva epithetorum* y de la *Cornucopia* (Venecia, 1590) señalaba que, al ser la poesía un venero de verdadera Filosofía y virtud, “actúan correctamente quienes han intentado explicar a los mejores poetas o han intentado proporcionar alguna ayuda para la lectura o imitación de los mismos; en este número ha de ser incluido con toda razón Ravisio Textor”. La dedicación de Ravisio a este tipo de obras casa bien con su vocación docente y, sobre todo, con su actividad en el seno de la universidad parisina. Como buen maestro de latinidad o, según la denominación de la época, como gramático, Ravisio quiso legar a sus discípulos y a sus lectores una serie de obras destinadas a cimentar su formación escolar, a apoyar su posterior actividad profesional o, simplemente, a satisfacer su curiosidad intelectual. Esas obras entran de lleno, como se ha indicado, en la labor exegética del profesor de *litterae humaniores*, un profesional que, cada vez con más frecuencia, se implicaba en la enseñanza universitaria.

De todos modos, ese interés por la gramática y la retórica siempre fue unido a una preocupación más honda por la formación moral de los discípulos, algo inherente a cualquier sistema educativo. Por ese motivo, a imagen de los grandes maestros del pasado, Ravisio aspiró a enseñar algo más que letras, según se desprende de su epistolario, constituido por un total de 149 epístolas que aparecieron editadas tras su muerte y se ofrecían como un manual para componer cartas y aprender, a la par, buenas costumbres. Según indica Gueudet¹⁵ en su

fino análisis sobre el desarrollo de la epistolografía en Francia, muchos humanistas parisinos de finales del siglo XV se sumaron a la moda italiana de publicar sus propios epistolarios; al mismo tiempo, muchos impresores de renombre se preocuparon por editar y recopilar colecciones de cartas ajenas. En muchas de esas recopilaciones y ediciones de cartas latía un interés filológico, mientras que en otras muchas se adivinaban preocupaciones de índole moral (un interés común a muchos profesores en diversos lugares de Europa). De algún modo, ésa era una tendencia lógica si atendemos a los modelos suministrados por los antiguos, en los que Cicerón (cuyas cartas, no lo olvidemos, decepcionaron profundamente a Petrarca por la imagen que ofrecían, quizás humana en exceso, del gran orador latino) aparecía al lado de Séneca, cuyas epístolas respondían perfectamente al interés del maestro por inculcar sus enseñanzas a su discípulo. Como se ha señalado, la edición de las cartas de Ravasio atiende a esos dos planteamientos: por un lado, son un conjunto de cartas en las que, como en la gran selección de Barzizza, se ha eliminado de manera sistemática el nombre del destinatario; de ese modo, las epístolas pasan a convertirse en cartas-modelo para escribir otras similares según el principio del aprendizaje a través de la imitación; así, de manera calculada, se han borrado las claves para entender esas misivas como retazos de una historia o autobiografía en un sentido estricto: no hay nombres propios y cuando éstos son necesarios se sustituyen por pseudónimos con claras reminiscencias clásicas, como en *ep.* 136 y 137, donde se habla de su relación con un tal Dolabella o con Apolonio Molón (la única excepción a esta regla de oro es su referencia directa a Budé en *ep.* 50, de quien alaba su forma de acercarse al Derecho, y a Tortellius, en la *ep.* 61); tampoco se consignan las fechas ni hay indicación alguna sobre los lugares, a excepción de alguna referencia a París. Por otro lado, y como ya se ha dicho, una lectura completa del epistolario deja entrever que esa vocación propedéutica va más allá del deseo de inculcar

¹⁵ Cfr. Guy Gueudet, *L'art de la lettre humaniste. Textes réunis par Francine Wild*, París, Honoré Champion, 2004, pp. 40-49.

cierto estilo epistolar basado en la sencillez y la brevedad, ya que abundan las recomendaciones sobre el buen comportamiento y, ante todo, las recriminaciones del maestro a algunos discípulos olvidados y desagradecidos con las enseñanzas recibidas. Este tono moralizante que impregna el epistolario permite reconstruir un paisaje universitario poco recomendable y abundante en peligros: el juego, las mujeres, la taberna y las malas compañías. Es éste un cuadro que casa a la perfección con el tópico del estudiante vivalavirgen y que, en última instancia, lega una imagen del maestro que, desprovista de datos concretos, muestra su preocupación constante por ser algo más que un gramático o rétor.

En este último sentido, el epistolario no deja de funcionar, una vez concluida la lectura completa del mismo, como una peculiar biografía, en la medida en que las cartas personales, como ya señalaban los clásicos, siempre contenían un retrato íntimo de su autor; en el caso de las epístolas de Ravisio, éstas reflejan inevitablemente su visión personal del papel del preceptor, que, a la par que conocimientos, debía transmitir una determinada forma de vida. El lector de este epistolario percibe, en definitiva, que se halla ante un equilibrado juego de ficción y realidad: los sentimientos y los pensamientos personales vertidos en muchas cartas se combinan con meros ejercicios retóricos y escolares. Esta intuición se corrobora con la lectura de la carta-prefacio del primer editor de estas *Epistolae*, el impresor *Gryphius*, (Lyón, 1544), allí donde afirma que el propio Ravisio había utilizado sus cartas a modo de ejercicios (*prima quaedam conscribendarum litterarum progymnasmata*). Esta lectura de las epístolas como un posible manual de escritura es también la preferida por el editor del corpus en 1552, donde las cartas aparecen como colofón en un volumen que contiene la *Officina* y la *Cornucopiae epitome*. Ese editor se presenta como un *alumnus in bonis litteris* en una carta prefacio dirigida al lector para advertirle de que estas misivas son las adecuadas para dar los primeros pasos en el aprendizaje del latín (una idea desarrollada extensamente en la primera edición del corpus). En este uso de la obra, el editor encuentra un argumento válido para defender a

Ravisio frente a los que habían arremetido contra él por la publicación de su epistolario¹⁶:

Primum omnium velim scias, quod facile (puto) tibi persuadebis, non in hoc scriptas has esse epistolas, ut ederentur, tum quod neque ab autore elaboratas neque exquisite compeve tornatas expertus viderem, etiam quod non ignoraret vir ille multiscius, non eodem scribendum esse stylo crudis et immaturis adhuc ingeniis quo foecundis et foelicissimis, sequutus hac in re optimam vivendi ducem Naturam, quae citra omnem exceptionem, nunquam nisi ex rudibus et adhuc imperfectis ad elimatiore con-surgit. Exempla erunt aviculae, prius incerto quodam alarum remigio per dumeta, perque spinas volitantes, quam eleganti illa et frequenti corporis agitatione sese in altum aera elevent.

[Antes de nada, quiero que sepas algo de lo que, creo, te darás cuenta enseguida: que estas cartas no fueron escritas para ser editadas; por un lado yo como experto vería que el autor no las ha reelaborado ni las ha pulido con cuidado y exquisitez; por otro, aquel sabio varón no iba a ignorar que no se debe escribir del mismo modo para los ingenios verdes e inmaduros que para los ya granados y más avanzados, actitud en la que seguía a la Naturaleza, la mejor guía para la vida, que, sin excepción alguna, nunca se eleva hacia la perfección si no es a partir de lo rudo e imperfecto. Lasavecillas son ejemplo de ello, que con un inseguro batir de alas vuelan por matorrales y espinos antes de elevarse por los aires con el elegante y continuo movimiento de su cuerpo].

¹⁶ Ésta y las demás cartas del epistolario las cito de a partir de mi ejemplar de la edición de las mismas aparecida en Basilea en 1552: *Ioannis Ravisii Textoris Nivernensis Officina, nunc demum post tot editiones diligenter emendata, aucta et in longe commodiorem ordinem redacta per Conradum Lycosthenem Rubeaquensem. Cui hac editione accesserunt eiusdem Ravisii Cornucopiae libellus, quo continentur loca diversis rebus per orbem abundantia. Item eiusdem auctoris, non vulgaribus eruditionis epistolae, nunc recens accuratius castigatae et prope innumeris mendis abstersae. Ac geminus Index rerum verborumque omnium copiosissimus*. He realizado, con todo, un cuidado cotejo entre esta edición y la primera, aparecida, como ya se señaló, en Lyon en 1544 (existe un ejemplar de esta primera edición en la Biblioteca Histórica de la UCM). En mi transcripción de las cartas he respetado las grafías del original, aunque he desarrollado las abreviaturas de época y he corregido algunos errores evidentes. La puntuación también responde a criterios actuales.

En otras palabras se nos dice que estas cartas, sencillas y de apariencia poco elaborada, ofrecen a los jóvenes no del todo maduros buenos modelos para la imitación. En algún sentido, incluso se afirma que superan en ese cometido a los textos ofrecidos por Cicerón, Terencio o Virgilio, *a quibus nihil praeter meram eloquentiam haurire possent* (“en los que no podrían beber nada excepto la pura elocuencia”). Esta última afirmación enlaza con lo antes expuesto: la preocupación absoluta por la moralidad en el ámbito de la escuela, algo que, por lo que aquí se colige, fue interés compartido por muchos maestros y eruditos tanto en el norte como en el sur de Europa. En este sentido, los primeros textos debían servir también para inculcar buenos hábitos y costumbres en los jóvenes, lo que explica, por ejemplo, las continuas ediciones y reediciones de los afamados a la vez que criticados *Libri minores*¹⁷. De llegar al peldaño inicial en la formación de cualquier estudiante, que no es otro que el aprendizaje del alfabeto y el silabeo, basta recordar que estas bases culturales se adquirirían al mismo tiempo que las morales. Junto a los psalterios latinos del temprano Medievo, ahora había que colocar los catecismos y las cartillas morales, que inculcaban las primeras letras y las oraciones básicas para la fe cristiana al mismo tiempo.

Como un simple manual de epistolografía, las cartas de Ravisio pertenecen al renovado género de la epístola familiar, entendida como una carta escrita entre amigos para tratar de cualquier asunto que pueda interesar a ambos o simplemente para mantener o reforzar el vínculo de la amistad, un sentimiento en auge que define unas nuevas relaciones humanas e intelectuales necesitadas de contactos frecuentes. Es así como definen ese *genus familiare* los manuales más conocidos, que solían remitir a la célebre epístola de Cicerón a su amigo Curión (*fam. 2, 4*)¹⁸. Sin embargo, Ravisio no dedica una sola línea a sentar los principios teóricos de sus misivas ni parece interesarse en absoluto por la cuestión genérica. A pesar de ello, hace suyos algunos

¹⁷ En mi trabajo “Nebrija, maestro”, en *Homenaje a Fco. Márquez Villanueva*, ed. Ángel Sáez Badillos y Luis Girón, Harvard, University Press, 2006 [en prensa], me he ocupado precisamente de este aspecto con relación a la obra del gran humanista español.

¹⁸ *Vid.* Pedro Martín Baños, *ob. cit.*, pp. 58-78.

de los principios retóricos que caracterizan este tipo de epístolas, como la brevedad (*brevitas*), rasgo que salta a la vista desde el momento en que la mayoría de las epístolas que componen el conjunto son especialmente breves. Éstas, como se ha señalado, quedan reducidas a la *narratio*, donde, por lo general, se ofrece un sencillo consejo o una suave reprimenda, precedidos comúnmente de un *exemplum*, un refrán o una frase sentenciosa. Leamos, como ejemplo de ello, la ep. 77, que transcribo íntegra:

Satis superque conspicio verissimam esse paroemiam, qua adversis fortunae flatibus non esse desperandum fertur, aut in prosperis minime superbiendum. Compluscus enim videre est gravibus infortuniis exagitatos, quos molli gremio post paulo eadem complectitur fortuna. Contra vero perplures non desunt, quos ab immensis opibus ad humilem pastoris conditionem compellit. Quocirca nosce te ipsum, nec tantum tibi tribuas.

[Con demasiada frecuencia veo que es del todo cierto aquel adagio que dice que no hay que perder la esperanza ante los soplos adversos de la fortuna o que en absoluto conviene ensoberbecerse ante los favorables. Ciertamente es posible ver a muchos hostigados por graves infortunios, a los que después la misma Fortuna acoge en su suave regazo. Por el contrario, sobran muchísimos a los que apea de sus inmensas riquezas hasta la humilde posición de un pastor. Por eso conócete a ti mismo y no te des tanta importancia].

Un análisis somero de esta misiva permite conocer la técnica compositiva de Ravisio y su intención didáctica, pues, además de encabezar sus carta con un adagio (algo propio del género del sermón y que Erasmo preceptúa para las epístolas familiares en su *De conscribendis epistolis*), se esfuerza por utilizar expresiones y construcciones sintácticas tendentes a reforzar el aprendizaje del latín clásico, definido por el *usus* de los escritores antiguos. La expresión *satis superque* o la utilización de la *variatio* de *compluscus* y *perplures* para referirse simplemente al indefinido *plures* son ejemplos de ese interés por el léxico, convertido en una verdadera obsesión para los nuevos maestros, cautivados por la magia de la *copia verborum*. El carácter sentencioso de la misiva se ve reforzado además con la inclusión final del célebre dicho griego *nosce te ipsum*.

Ese afán por transmitir y enseñar más vocabulario explica también la *ep.* 69, una divertida enumeración de todos los familiares del autor de la misiva y de las enfermedades que les aquejan (un sencillo ejemplo de carta jocosa, estrechamente relacionada con el género familiar). Por lo demás, esta preocupación por el léxico, aprendido muchas veces a través de máximas, sentencias y chascarrillos, fue común entre los eruditos de la época, que gastaron muchas horas elaborando tratados, comentarios, diccionarios y otros útiles de tipo lexicográfico, como se observa en las exitosas *Elegantiae* de Lorenzo Valla o en los no menos famosos *Vocabularios* de Antonio de Nebrija, por citar sólo dos ejemplos. En esta misma línea, el conjunto de cartas de Ravisio se ofrecen a la manera de un centón, pues muchas de las frases, periodos y ejemplos con que se adornan y construyen están extraídos de las obras de los autores clásicos, que se presentan con este procedimiento de un modo más ameno y atractivo.

Además de este interés pedagógico, no podemos obviar que muchos fragmentos de las epístolas, sobre todo las digresiones y algunas descripciones, se explican en última instancia como una prueba más de la *copia dicendi* del autor, de su capacidad retórica y de su dilatado conocimiento de lo que hoy denominamos “cultura clásica”; así, la *ep.* 52 recrea el mundo del banquete, por lo que alude a los distintos manjares, a la música y otros entretenimientos, e incluso se destaca la presencia de un individuo un tanto amanerado,

qualem fuisse Demosthenem scribit Gellius, vestitu certoque cultu corporis nitido, venusto, nimisque accurato, talaribus tuniculis more Lydi cauponantis circumspecte et composite induebatur. Erant eius manus inter agendum argutae et gestuosae, ita ut Dionysiae saltatriculae cognomento dignus cum Hortensio videretur.

[como escribe Gelio que era Demóstenes, con un vestido y un cuidado corporal pulcro, hermoso y demasiado refinado; vestía de manera cuidada y atildada unas túnicas talares a la manera de Lido el tratante. Sus manos acompañaban de manera expresiva y elocuente su actuación, de modo que podría parecer, con Hortensio, digno del apodo de Dionisia la bailarina].

Al final, surge, claro está, una pelea que acaba mal, pues quien escribe la carta declara que, llevado por la ira, sacó su espada y mató a aquel individuo, por lo que se había visto obligado a huir y buscar su salvación en la fuga; por ello le pide a su corresponsal que lo oculte o que, si se le interroga, no diga nada. Algo parecido vemos en la *ep.* 58, otro epístola especialmente elaborada; de hecho, su diseño es el de una *oratio* cuajada de *exempla* que se ensartan en una delicada descripción de la naturaleza. Esta carta pretende convencer a cuantos con él comparten el amor por las letras de que, al igual que en la naturaleza todos los seres vivos cumplen una función predeterminada, los hombres tienen ciertas obligaciones y, en concreto, los estudiosos de las *litterae humaniores* han de continuar con su formación y su trabajo intelectual de manera ininterrumpida. La epístola presenta de esa forma una visión moral de la vida que deriva hacia unas consideraciones generales sobre la labor de los *magistri* y los hombres de letras (uno de los temas recurrentes en el epistolario), que podrán obtener su recompensa si no cejan en su labor. Esa tarea callada en la escuela es una formación básica para acceder a puestos mejores, pues los estudiosos cumplen, en opinión del autor de la misiva, una importante función social:

Dum oculos circumfero passim, nihil invenio quod in re aliqua non exerceat naturam: nihil, quod ocium non refugiat. Quid ergo (ut ad institutum aliquando deveniam) faciendum nobis putamus? Volumus vinci a brutis, quae ratione, anima, dignitate, forma et nobilitate praecellimus? Imitemur potius Plinianum illum Apellem, qui nullum diem ducebat sine linea...Declamemus inter domesticos et privatos parietes ut in senatu causam Milonis agamus. Relegemus Catilinam, patrocinemus Cluentio, pupillis obsequamur, explodamus oppressores, consulamus patriae et tyrannorum vim reprimamus. Probemus balbutiem linguae inter paucos, probemus ingenii vires, purgemus linguae vitiliginem, priusquam eo veniendum sit ubi superciliosi sedent consules, nasuti tribuni, oculati praetores, acuti causidici, quaestores vafri, caeterique emunctae naris homines.

[Al echar una ojeada a mi alrededor, no encuentro nada que no cumpla en algún sentido con la naturaleza; nada que no evite el ocio. Y, para centrarme de algún modo en mi propósito, ¿cuál pensamos que ha de ser nuestro cometido? ¿Queremos ser vencidos por los animales, a los que aventaja-

mos en inteligencia, alma, dignidad, aspecto y nobleza? Imitemos mejor a aquel Apeles pliniano que no dejaba pasar ningún día sin una línea [...]. Declamemos dentro de nuestras cuatro paredes, para después defender en el senado la causa de Milón. Dejemos a un lado a Catilina, defendamos a Cluencio; mostrémonos complacientes con nuestros pupilos, rechacemos a los opresores, protejamos nuestra patria, reprimamos la violencia de los tiranos. Pongamos a prueba el balbuceo de nuestra lengua ante unos pocos, pongamos a prueba las fuerzas de nuestro ingenio, depuremos la herrumbre de nuestra lengua antes de que hayamos de venir adonde se sientan los ceñudos cónsules, los tribunos sagaces, los pretores avispados, los agudos picapleitos, los cuestores arteros y los demás individuos de fino olfato].

Tras esta arenga, el autor incita a salir a la palestra, a publicar sin sentir sonrojo, ya que “los mejores han dado a conocer alguna vez sus vagidos y los que en presencia de príncipes o senadores han declamado sus causas con gran gloria para sí y causando admiración generalizada fueron antes rudos principiantes”. Esta reivindicación de la profesión docente, del maestro entregado en cuerpo y alma al estudio, preocupado por sus discípulos y formador integral, aparece en múltiples ocasiones; al mismo tiempo, se critican duramente los despiadados métodos empleados por otros que aprovechan cualquier ocasión para ensañarse con sus pupilos. Así, en la *ep.* 71, un joven muestra su júbilo por abandonar una escuela *in qua nullus nisi de inferendis verberibus sermo* (“en la que no se hablaba de otra cosa sino de propinar-nos azotes”):

Quales putas qui nos erudiunt praeceptores? Diceres esse plagarios, carnifices et tortores vulnerarios inter leaenas, inter lupas et tygres educatos. Si quid fortasse aberraverimus, si tantillum oculos deiecerimus, si vel ungem latum recesserimus ab eorum mandato, tota vi consurgunt in poenam. Denudant nos a calcaneo scapularum tenus, lacerant, tundunt, mutilant, pedibus conculcant, parietibus illidunt. Nullum in miseriam nostram non comminiscuntur impietatis genus. Sola oculorum torvitate et contractione superciliorum nos adeo plerunque terrent ut malleus in Orci culum incidisse.

[¿Qué tipo de preceptores piensas que nos enseñan? Dirías que son traficantes de esclavos, verdugos, torturadores sanguinarios, que han crecido entre leonas, lobas y tigras. Si en algo fallamos, si sólo un poquito apar-

tamos los ojos o si nos alejamos el grueso de una uña de sus órdenes, se levantan con toda violencia para aplicar el castigo. Nos desnudan de pies a cabeza, nos hieren, nos atizan, mutilan, nos pisotean, nos golpean contra las paredes. Para nuestra desgracia no dejan de tramar maldades de todo tipo. Sólo con su torva mirada y con el fruncir de su ceño nos atemorizan tanto que preferiríamos haber caído al fondo del Orco].

Esta misma experiencia es la que describe el autor de la *ep.* 145, que identifica sus años de estudio con largas noches en vela, que llegaron a debilitarlo tanto que apenas podía ponerse en pie. Para él el recuerdo del *ludum literarium* es del todo desafortunado, y la culpa de todo ello la tiene un *magistellus* (“maestrillo”) despiadado y, sobre todo, ignorante. Frente a esta realidad, Ravasio pregona desde sus cartas otros métodos de enseñanza, más respetuosos con los discípulos.

Esta preocupación por la finalidad moral de la enseñanza y por los medios más eficaces para alcanzar una formación adecuada en lo intelectual y lo humano adquirió la categoría de tópico, como se aprecia en muchos otros pensadores, preceptores y casi cabría decir “pedagogos” del momento, al estilo de Juan Bonifacio, impulsor de la famosa *Ratio studiorum* de la Compañía de Jesús¹⁹, contrario a los abusivos métodos de una Gramática representada alegóricamente con una férula en la mano. Según indica el padre Olmedo²⁰ en su descripción de la situación de la enseñanza en el siglo XVI, “como la profesión [*de pedagogo*] era tan despreciable, no es extraño que los que la ejercitaban fuesen hombres interesados, codiciosos, crueles y repugnantes, que consideraban a los niños como unas pequeñas fieras a las cuales había que domar a fuerza de castigos”; ahí, este jesuita remite a Erasmo, Vives, Rabelais, Vida, Montaigne y Palmireno como testigos críti-

¹⁹ Cfr. Félix G. Olmedo, S. I., *Juan Bonifacio (1538-1606) y la cultura literaria del Siglo de Oro*, Madrid: Publicaciones de la Sociedad Menéndez Pelayo, 1938, de donde extraigo (p. 52) un interesantísimo fragmento de una de las cartas de este erudito en defensa del método de enseñanza practicado en los colegios de la Compañía: “por San Lucas se pronuncian discursos excelentes; nuestros jóvenes declaman, escriben, hablan y recitan versos, que no parecen cosas de muchachos; el pueblo asiste gustosísimo a las comedias y tragedias que ellos mismos representan; la juventud se forma al mismo tiempo en letras y virtud.”

²⁰ Cfr. Félix G. Olmedo, S. I., *ob. cit.*, pp. 64-72.

cos de tan crueles prácticas. Desde luego, para todos estos eruditos y de algún modo docentes, el castigo debía ser rechazado como el único método válido, aunque ciertas dosis podían ser necesarias; en todo caso, había coincidencia plena en que lo más efectivo era iniciar pronto la formación para que, poco a poco y sin demasiados esfuerzos ni violencia, se alcanzasen las metas deseadas. En definitiva se abogaba por un justo medio, en el que debía predominar la cordura. A este respecto, Ravisio se muestra contrario a la excesiva permisividad en las edades más tiernas, como en *ep. 22*, donde apela a la autoridad de Quintiliano (*autore Fabio*) para criticar a aquellos que permiten a los niños hablar de cualquier modo e incluso aceptan de buen grado que los más pequeños utilicen un lenguaje soez y bárbaro. Tras la senda del propio Quintiliano, Ravisio considera imprescindible sentar las bases de la buena educación desde la infancia, algo en lo que insiste en la epístola siguiente, la *ep. 23*, un brevísimo tratado sobre la educación de los hijos:

Imprimis, quod ad mores spectat, cave ne corruptis iuvenibus adhaereant, qui pernoctant in alea, dies integros comptant et lasciviunt, nam si huiusmodi maculas ab infantia contraherent, nihil esset de futura probitate sperandum. Compara tibi praeceptorem sanctissimum, cuius sanctitas teneriores ab iniuria tueatur, provectiores a licentia deterreat gravitas. Neque enim, si me audis, eorum doctrinae magis quam moribus consulas [...]. Laboribus paulatim sunt assuefaciendi, non tamen pondere cui superesse nequeant opprimendi. Si delinquant, si mendacii convincantur, si iugum detrectent, si vel tantillum quidem remurmurent aut muginentur, acerrime vapulent, neque prius parcat flagellis aut animadversioni temperetur quam et arrogantia cognoscatur emollita et tranquilliores oleo ut pepone molliores facti sint [...]. Si bene fecerint, laus eorum quandoque non est supprimenda.

[Ante todo, en lo tocante a su moral, procura que no se junten con jóvenes corruptos que pasan la noche entregados al juego y los días enteros bebiendo y retozando, pues si estas máculas se contraen en la infancia, no podrá albergarse esperanza alguna sobre su futura probidad. Búscate un preceptor de moral más que probada, cuya honorabilidad proteja a los más tiernos del daño, y su severidad aparte a los mayores del desenfreno. Y, si me escuchas, no te preocupes por sus conocimientos más que por sus cos-

tumbres... Hay que acostumbrar [*a los niños*] a las tareas poco a poco: no hay que atosigarles con un peso que no puedan soportar. Si se portan mal, si se les coge en mentiras, si rechazan el yugo, si –aunque sea un poquito– murmuran o mascullan palabras, que sean azotados y que no cese la tunda ni se modere el enfado antes de que su arrogancia se vea reblandecida y se les vea más calmados que una balsa de aceite, para que se vuelvan más suaves que el cabello de ángel... Y si lo hacen bien, no hay que eliminar de vez en cuando las alabanzas].

Una vez marcados los límites de una justa disciplina, conviene atender a otro problema fundamental: el de la catadura moral de los maestros, un tema al que se alude en esta carta y en la *ep.* 50, donde desaconseja acudir a ciertos maestros que, en un alarde de soberbia, a pesar de enseñar sólo humo, *nugae* y cosas vanas, se consideran dignos de los mayores premios. Contra este tipo de maestros vuelve a arremeter en *ep.* 51, en que adopta una vez más a Quintiliano como guía en su concepción de la enseñanza; aquí, critica duramente a muchos maestros que, en su soberbia, enseñan cosas vanas y las venden a precio de oro. Es este un vicio contra el que Ravisio arremete con especial virulencia, como en *ep.* 88, en la que echa en cara a su corresponsal su excesiva autocomplacencia:

Usu plerumque accidit ut illiterati grammatae multo pluris aestiment sese quam homines egregie docti et oraculorum Sibyllae interpretes, quod in te expertus sum [...]. Putas te dignum grammatici nomine quod ineptas quasdam differentias frivolasque ethymologias didiceris? Hallucinaris plurimum, si tam brevi gyro Grammaticen concludas, quum oporteat perfectum grammaticum philosophos, oratores, poetas, iurisconsultos, omne denique scriptorum genus excussisse. Vale.

[Ocurre muy a menudo que maestrillos iletrados se tienen en mayor estima a sí mismos que a hombres de probada sabiduría y capaces de interpretar los oráculos de la Sibila, algo que he visto en tu caso [...]. ¿Piensas que eres digno de llamarte gramático porque has aprendido unas cuantas diferencias de significado o unas frívolas etimologías? Deliras por completo si en un círculo tan pequeño encierras a la Gramática, pues conviene que el gramático de verdad haya examinado cuidadosamente a los filósofos, oradores, poetas, jurisperitos y, en definitiva, a todo tipo de escritores].

La misiva anterior encierra, como se ve, un doble mensaje, pues, además de ofrecer su peculiar visión sobre el oficio del gramático (tras la senda marcada por Valla o Poliziano), recomienda a su corresponsal un comportamiento mucho más humilde. De ese modo, Ravisio va dibujando en su correspondencia un perfil del gramático como hombre de amplios conocimientos y de una moral intachable, que es el fruto último de su familiaridad con los textos de los grandes hombres del pasado. Esa justa medida entre sabiduría y bonhomía derivada del conocimiento de los textos explica sus quejas en *ep.* 117 contra algunos osados que, sin la formación adecuada, *ad sacrosantas legum et philosophiae disciplinas divertunt*. Lo peligroso de esta acción estriba en que dichos individuos desean “leer a Platón no para engalanar su vida, sino para apropiarse de su lengua y elocuencia; no para hacerse más modestos, sino más dicharacheros”. Esta revalorización de la modestia, cualidad exigible en aquellos que se dedican a las buenas letras, se cuele de igual modo en otras cartas, como en *ep.* 92, 99 ó 109, en la que aconseja a su corresponsal que no se fíe de aquellos que alaban sus obras y luego le señalan con el dedo.

A pesar de estas cautelas y reparos contra muchos maestros y contra el mundo de la escuela en general, no falta un soplo de optimismo cuando se destaca la enorme importancia de la labor docente, como se afirma en la *ep.* 36, en que se equipara a “quienes rescatan de la muerte a la lengua latina y la restituyen a su antigua dignidad con los que libran a grandísimas ciudades del yugo de la esclavitud una vez devuelta la libertad.” Esta epístola se ofrece como una verdadera *laus eloquentiae* y asume muchos postulados de sus colegas italianos, al reivindicar la importancia de todos aquellos que se han propuesto revivir la lengua del Lacio. Para él, estos eruditos, los gramáticos y rétores de nuevo cuño, están por encima de muchos *philosophastri*, identificados con los *Gothos*, que no dejan de perseguirlos e insultarlos. En definitiva, el autor de la misiva se muestra, como muchos otros coetáneos, enfrentado a aquellos que se creían en posesión del verdadero conocimiento, emanado de las aulas de las viejas universidades, y se permitían el lujo de despreciar y arremeter contra las disciplinas incluidas en los *studia humanitatis*. Estos mismos planteamientos se

deslizan de nuevo en la *ep.* 39, en que expone, una vez más, un perfecto plan de estudios con claros ecos de Quintiliano; aquí, intenta persuadir a un tal Petronio para que abandone su intención de dedicarse *ad artis dialectices studia*, al considerar que aún está demasiado verde para ello y le recuerda de paso que ha de sentar primero unos sólidos cimientos, que él sólo encuentra en un aquilatado conocimiento de la Gramática:

Eris iuris civilis aut canonici peritus, qui Latinarum dictionum sensus ignoraveris? Callebis physicas rationes, qui verborum ethymologiam nesciveris? Extricabis difficiles sophismatum maeandros qui apertissima quaeque explanare nequiveris? Scrutaberis coelestes et altissimas Astrologiae aut Theologiae causas qui quae infima sunt et pedibus tuis vicina contemplari nesciveris? Degustabis arborum, herbarum, unguentorum ac radicum succos, cui odiosa fuerit primarum literarum deliberatio? [...] Perpende, velim, et in memoriam aliquantisper revoca ex maiorum annalibus, quam frugifera, quam utilis, quam iucunda sit artium humanitatis lectio [...].

[¿Vas a ser un experto en Derecho Civil y Canónico, tú que ignoras el significado de las expresiones latinas? ¿Vas a conocer a fondo los razonamientos físicos, tú que desconoces la etimología de las palabras? ¿Vas a desentrañar los difíciles meandros de los sofismas, tú que no puedes explicar lo que está más claro? ¿Vas a escrutar los principios celestes y altísimos de la Astrología y la Teología, tú que no sabes ver lo que está más abajo y más próximo a tus pies? ¿Vas a degustar los jugos de árboles, hierba, ungüentos y raíces, tú que consideras odioso deliberar sobre las primeras letras? [...]. Sopésalo –me gustaría– y trae de vez en cuando a tu memoria desde los anales antiguos cuán fructífera, cuán útil, cuán agradable es la lectura de las disciplinas humanísticas].

La carta continúa con una verdadera alabanza a los italianos, “padres de la lengua latina”, que no se dedican a otro menester sino a las letras, y una enumeración de eruditos y hombres de estudio de la antigua Roma, como Frontón, Enio o Dión de Prusa, e incluso algún que otro francés, como Clotario, que recibieron el favor de los emperadores y soberanos. Esta revalorización del papel de los gramáticos y la defensa de su labor erudita son constantes en el epistolario; de hecho, se considera que estos profesionales están muy por encima de aquellos otros que, en algún

momento, han dejado los estudios para convertirse en simples cortesanos, una salida profesional, que, no lo olvidemos, fue una de las más comunes y apetecidas entre los jóvenes estudiantes. A pesar de ello, en las cartas se dibuja un panorama poco halagüeño para cuantos, dejados a un lado los estudios y tentados por un bienestar efímero, deciden abandonarlo todo para ir tras un poderoso. Como es bien sabido, muchos escritores y eruditos vivieron durante siglos gracias a la generosidad de un mecenas, al que correspondían con dedicatorias y agasajos; sin embargo, el mensaje que se extrae de algunas misivas deja de manifiesto los peligros ocultos tras este falso espejismo, como en *ep.* 36 y 99:

Videris tibi foelix (quod aiunt) coelum digito attigisse, quod quaedam epigrammata et elegias dederis in lucem. Putas enim te magnam ob eo mercedem habiturum, cuius nomini opus ipsum nuncupasti. Novi hominem intus et in cute, eiusque mores mihi sunt exploratissimi. Est opulentus quidem, verum etiam adeo tenax et illiberalis, ut facilius sit elicere aquam ex pumice, quam ex eius crumena plumbeum nummum extorquere.

[Te parece que, feliz, has tocado, como dicen, el cielo con el dedo porque has sacado a la luz unos epigramas y elegías, pues piensas que obtendrás grandes mercedes de aquel con cuyo nombre has titulado esa obra. Conozco a ese hombre por dentro y por fuera y sus costumbres me las sé de memoria. Es sin duda rico, pero tan duro y tacaño que es más fácil sacar agua de una piedra que una moneda de plomo de su bolsillo].

El mayor problema estriba en que, en los tiempos presentes, los nobles y príncipes no quieren a su alrededor a verdaderos hombres de letras, algo que sí ocurría antaño (y, a lo lejos, resuena la rotunda afirmación de Ovidio, luego transformada en tópico, en su *Ars amatoria*, III, 405-408, *Cura deum fuerunt olim regnumque poetae...*), sino simples aduladores, como se señala en *ep.* 67:

Quondam enim artes precio et honore fovebantur, neque erat qui non assurgeret eruditibus, adeo ut maximi quique principes lucri loco ducerent in oratorum et poetarum amicitiam venire, et eorum scriptis famam suam ad posterum prorogari et vindicari a mortalitate. Nunc vero quam mutata sint omnia vident omnes [...]. Nam multo pluris aestimantur (cur hoc relinquas inultum Iupiter?) lenones et parasiti, qui principum aures verbis deliniant

quique fumos vendunt, qui oleum in aurículas instillant, quam qui plus olei quam vini doctrinae studio consumunt.

[Antaño las artes eran favorecidas con recompensas y honores y no había quien no se levantase ante los eruditos, hasta el punto de que los más grandes príncipes consideraban muy ventajoso lograr la amistad de oradores y poetas, y alargar con sus escritos su fama hasta la posteridad y librarla de su condición mortal. Pero ahora cuánto ha cambiado esto lo ven todos [...]. Pues a los alcahuetes y parásitos, que regalan los oídos de los príncipes con sus palabras, que venden humos, que instilan aceite en sus orejas, se les tiene en más estima (¿por qué permites, Júpiter, que esto quede sin venganza?) que a aquellos que en su afán de conocimiento consumen más aceite que vino].

A pesar de ésta y otras advertencias similares, que denotan un marcado pesimismo, no se descarta del todo la posibilidad de encontrar un mentor generoso; con todo, incluso en esos casos, es preciso dejar las cosas claras desde el principio, pues la libertad y la *dignitas* no han de ser vendidas a cualquier precio (*ep.* 53 y 86). La idea que destilan las cartas a este respecto parece suficientemente clara: una de las aspiraciones más elevadas de un hombre de letras es la de desarrollar su profesión de estudio lejos de la dureza de las aulas al lado de un señor poderoso, aunque no puede admitirse esta vida a cualquier precio, como se señala en la *ep.* 120, en que el autor aconseja a su corresponsal que, ante la posibilidad de vivir junto a un noble, prosiga con su profesión docente y no se “ponga aquellos dorados y engañosos grilletes, pues es mejor una pobreza con libertad que una opulentísima esclavitud.” En otras palabras, adivinamos aquí una postura vital compartida por muchos otros eruditos que, acosados por una realidad hostil a su labor y valía, hicieron de la defensa de su actividad uno de los motores de su vida. En la elaboración de esa imagen, pesaron mucho los modelos y los testimonios de la Antigüedad, desde el conocido *pro Archia* ciceroniano en adelante. Hubo así una equiparación continua entre el estudioso y el héroe (o santo) al suponer que tanto uno como otro daban lo mejor de sí mismos a la sociedad en la que desarrollaban su labor. En este sentido, es fácil establecer un parangón entre la figura de Ravisio y la de Nebrija en su cruzada personal contra la barbarie,

como leemos en el prólogo de su *Vocabulario*, muy en línea con otras proclamas semejantes realizadas por los humanistas italianos. Quizás una de las cartas que mejor resumen esta nueva concepción social del saber sea la *ep.* 108, en que un individuo se queja de que, a pesar de ser rico y de que sus padres tienen una excelente salud, le falta el conocimiento de las letras: *Unum tamen est duntaxat quod me excruciat miserrime: ego sum plane ignarus, literas ne a limine quidem salutavi* (“sólo hay una cosa que me atormenta terriblemente: soy un completo ignorante y no he saludado a las letras ni siquiera desde la puerta”).

En resumidas cuentas, ésta y otras cartas del mismo tenor van dibujando el universo y alcance de las letras y el perfil ideal de los eruditos, que se dedican a la enseñanza, estudian sin descanso, publican sus obras para deleite y utilidad de los demás, y son verdaderos amigos para sus amigos. El tema de la amistad, entendida como uno de los ingredientes básicos de la vida y redefinida conforme a los ideales clásicos esbozados, entre otros, por Cicerón en su *De amicitia*, se convierte en otra clave de este epistolario, por ser este sentimiento uno de los definidores del llamado género familiar, en el que sin duda se inscriben las cartas de Ravisio. De hecho, gran parte de las misivas que integran el corpus del profesor parisino van dirigidas, según parece, a antiguos alumnos, ahora ya amigos suyos. Se unen así dos subgéneros clásicos: el de la carta entre amigos, en que se recuerdan las características básicas de la amistad y se plasman los sentimientos de afecto y los reproches cuando esas relaciones se enfrían (como, por ejemplo, en *ep.* 55, 56, 57, 73, 85, 95, 100, 101, 105), y el de la epístola entre maestro y discípulo²¹; en este último caso, el maestro se erige en mentor y, a partir de su aquilatada *auctoritas* moral, característica de los buenos maestros, se dispone a reconducir al discípulo por la buena senda, le recuerda sus deberes (entre los que destacan la necesidad de esforzarse al máximo) y se dispone a afearle ciertas conductas. No faltan por tanto las quejas e incluso las amenazas contra aquellos que han

²¹ Sobre este tipo de cartas, *vid.* Teresa Jiménez Calvente, “La *Oratio ad Alfonso Aragoneum de laudibus et pontificatus et regni diligentissime eius gubernatione* de Alfonso Segura, discípulo aventajado y escritor en ciernes”, en *e-Humanista*, 5 (2005), pp. 48-95.

frustrado las expectativas y la confianza depositada en ellos (*ep.* 82, 87, 91, 98). Entre los consejos así vertidos, Ravisio insiste en la necesidad de obediencia y respeto hacia los progenitores, como se ve en sus primeras cartas (*ep.* 1, 4 ó 6), donde arremete contra la actitud irresponsable de ciertos jóvenes que, tras haber abandonado su casa paterna para estudiar, se han dado a la buena vida, al juego y a las mujeres, lo que ha arruinado sus haciendas y ha dado al traste con cualquier posibilidad de prosperar. De esta forma, como si mirásemos a través de una ventana, el epistolario de Ravisio ofrece una visión, quizás un tanto pesimista, del ambiente que envolvía a estos jóvenes estudiantes, a quienes recomienda encarecidamente que se vuelquen en el estudio para lograr un digno *modus vivendi*, como en la brevísima *ep.* 96, que transcribo íntegra:

Nulla fere non die te moneo atque vehementius insto ut proficias in bonis literis, quo tua doctrina modum aliquem reperias vivendi, nam parentes tui omnes vix habent, unde seipsos nutriant vel tenuissime; itaque longe tua expectatione falleris si eorum fiducia iuventutem in torpore consumeres et (quod dici solet) in utramque aurem dormires ociosus. Si nihil promoveris, tu solus eris in culpa, neque enim tibi deest ingenium nec item boni praeceptores qui te bonas artes edoceant. Vale.

[Casi a diario te aconsejo y te insto vehementemente a que avances en las buenas letras, para que con ellas puedas encontrar algún *modus vivendi*, pues todos tus parientes apenas tienen con lo que alimentarse, siquiera de forma frugal, a sí mismos; por eso mismo no estarías a la altura de lo que de ti se espera si, con la confianza de éstos, consumieses tu juventud en medio de la desidia y, como se dice, te durmieses ocioso sobre ambas orejas. Si no avanzas, tú solo serás el culpable, pues ni te falta talento ni buenos profesores que puedan enseñarte las buenas artes. Adiós].

El universo parisino no deja de ser un mundo lleno de trampas para esos muchachos, según se desprende de las muchas referencias a la vida disoluta y a los peligros que este género de vida ciudadana, espolada por los vicios y el hambre, comporta; así, en la *ep.* 122, narra las vicisitudes de un atraco a las afueras de la ciudad que él y sus compañeros tuvieron que rechazar *intrepide et aperto Marte*. Una queja semejante sobre salteadores de caminos aflora en la epístola siguiente

(*ep.* 123). También la *ep.* 104 es una queja contra uno que ha malgastado su estancia en París jugando a los dados. Si el ocio, el juego y la desidia eran pecados terribles, no lo era menos la afición a las tabernas, sempiterno peligro para el estudiante, como ya se habían encargado de poner de relieve varias generaciones previas de literatos, aunque sólo de los goliardos quede especial memoria. Vale destacar al respecto un par de cartas, las *ep.* 40 y 42, casi un juego retórico sumamente elaborado en que se ofrecen abundantes ejemplos en contra y a favor del vino (de nuevo resuenan los goliardos, con sus *altercationes vini et aquae*). El otro gran peligro que podía descarriar a los jóvenes estaba, claro está, en las mujeres. En este sentido, el epistolario no sólo refleja las advertencias contra las mujerzuelas, como la *ep.* 90:

Unum est tamen quod male nos habet: quia frequens est tibi consuetudo cum perdita nescio qua muliere, quae facultates tuas omnes instar hyrudinis exigit et teipsum radit usque ad cutem.

[Sólo hay una cosa que nos tiene a mal traer: que estás en continuos tratos con no sé qué mujer perdida, que te sorbe tus facultades como una sanguijuela y te roe hasta la piel].

También se observa una cierta misoginia en general, que lleva a desaconsejar el matrimonio. En definitiva, el epistolario ofrece ecos de una disputa sobre las bondades y miserias del matrimonio que no es más que una variante de la más amplia discusión sobre la vida activa y la contemplativa aplicada al universo de los hombres de letras²². ¿Cuál

²² Como se sabe, ya Petrarca participó activamente en la polémica y, al menos en teoría, se mostró partidario de la vida contemplativa o, en otras palabras, de una vida dedicada al estudio y a la meditación divina según exponía en su *De vita solitaria*; con todo, en la práctica, el propio Petrarca sucumbió a las necesidades más humanas y fue padre de al menos dos hijos. La disputa y controversia volvió a cobrar vigor en pleno siglo XV florentino con un Coluccio Salutati defensor de una vida activa en el sentido más amplio del término, pues era partidario de que el erudito participase en la vida pública (él mismo fue canciller de Florencia) y admitía la nobleza del matrimonio (*cf.* Tobías Brandenberger, *Literatura de matrimonio [Península Ibérica, s. XIV-XVI]*, Zaragoza, Pórtico, 1996, quien, a pesar de circunscribirse al ámbito hispánico, ofrece una amplia bibliografía sobre esta materia, pp. 323-398). El asunto interesó por igual a muchos otros estudiosos y llegó incluso a plantearse en el seno de la

es la postura más aplaudida en las cartas de Ravisio a este respecto? En la *ep.* 47 se vierten unas duras críticas contra un joven que ha decidido casarse contraviniendo los deseos de su padre, que lo había destinado a la Iglesia. En este caso, la falta es doble, pues el joven ha desobedecido a su progenitor y ha ido a caer de lleno en una vida, la del casado, poco aconsejable. El matrimonio viene descrito como una pérdida de la libertad (palabra sagrada para Ravisio, según hemos visto), una dura carga, un yugo que es imposible sacudirse, al que se añaden las terribles preocupaciones por los hijos: se acabó el dormir a pierna suelta y días vendrán en que el casado deseará no haber nacido. Más le habría valido recordar las palabras de *Alexandrum (sic)*, “que decía que el día de la boda era el comienzo de todos los males”:

nam aiebat: si pauper divitem duxeris, dominam non uxorem acceperis. Si pauperem, onus vitae ferre non poteris, quum pro uno duos sis nutriturus. Si turpem, dolebis. Si pulchram, habebis communem. Quid inquam Hyponactes et Cheremon non diverterunt? Quorum ille duos dixit uxoris dies dulcissimos, nuptiarum videlicet et mortis. Hic, satius uxorem efferre quam ducere.

[pues afirmaba: si tú siendo pobre te casas con una rica, te llevas una jefa, no una esposa. Si te casas con una pobre, no podrás soportar la carga, pues tienes que alimentar a dos en lugar de a uno; si con una fea, lo lamentarás; si con una guapa, tendrás que compartirla. ¿Te digo en qué no se diferenciaron Hiponacte y Queremón? El primero de éstos dijo que eran dos los días más dulces con relación a una esposa: a saber, el de la boda y el de su muerte. El otro, que era mejor llevar a cuestas a una mujer que casarse con ella.].

Frente a esta visión tan dura, la epístola siguiente, la número 48, ofrece la respuesta del joven, que presenta la postura contraria (a la manera de una disputa académica) y, por lo tanto, favorable al matrimonio. Según le recuerda a su corresponsal, muchos filósofos antiguos estuvieron casados (Pitágoras, Sócrates, Crates) y no consideraron el

iglesia con Erasmo, firme defensor de la posibilidad de llevar una feliz vida cristiana en el seno del matrimonio. Si miramos a España, el caso más conspicuo es el de Nebrija, quien se excusa ante el Obispo Fonseca y justifica su determinación de no haber aceptado la vía de la iglesia, pues era mejor “casarse que quemarse” (*cf.* Teresa Jiménez Calvente, “Nebrija en los *Virorum doctorum elogia* de Paulo Jovio”, en *Revista de Filología Española*, 74 (1994), pp. 41-70).

matrimonio un impedimento para la Filosofía, pues al fin y al cabo no hay forma de vida más conforme a la naturaleza que la resultante de casarse (*quid autem magis secundum naturam vivere quam uxorem ducere?*). Por lo demás, su mujer cumple todos los requisitos para ser una buena esposa y considera que no hay delito peor que el adulterio. El matrimonio es, por tanto, una elección útil y necesaria para la sociedad y el individuo, que de ese modo no incurrirá en los errores del adulterio ni habrá de satisfacer sus necesidades carnales por vías menos adecuadas.

Las prevenciones contra el matrimonio aparecen de nuevo en la *ep.* 70, donde se reprocha a un amigo que haya abandonado el camino de las letras para casarse. Según se plantea en la carta, ambos tipos de vida están completamente enfrentados y sólo le augura desgracias:

Non est dissimulandum quin sit aliqua in coniugio voluptas, sed si prospicienter observaveris quam sit brevis, quot eam dolores, quanta sequatur poenitentia, nuptias vitabis cane peius et angue.

[No hay que pasar por alto que algún placer reside en el matrimonio, pero si miras con detenimiento cuán breve es, cuántos dolores y cuánto arrepentimiento le siguen, huirás de las nupcias como de la peste].

La carta concluye con la enumeración de opiniones contrarias al matrimonio expresadas por algunos autores antiguos. Por último, en la *ep.* 115, se da un tirón de orejas a un joven que, desobedeciendo los deseos paternos, va a contraer matrimonio, lo que supondrá un cambio radical y poco recomendable en su vida.

Con la inserción de consejos sobre la vida en general, la moral o la amistad, el epistolario de Ravisio admite una amplia lectura como un manual de vida y de buenas costumbres; además, en función del perfil de los destinatarios, que parecen personas del entorno de Ravisio (amigos, compañeros de profesión y discípulos), se mostraba especialmente útil para los jóvenes estudiantes de gramática y retórica latina, pues eran ellos quienes mejor podían verse reflejados en esas cartas. En este sentido, las cartas son interesantes no sólo por su contenido, sino también por su forma, pues, como se dijo, responden al patrón de la epístola familiar y sirven para escribir otras cartas similares ante

situaciones semejantes, como las epístolas escritas para responder con contundencia e ironía a los insultos y amenazas (*ep.* 10), para verter un sinfín de consejos, de las que hemos visto ya algunas, o para mantener vivos los lazos de la amistad (*ep.* 85, 87 ó 93). La brevedad y sencillez de casi todas las misivas constituyen, por supuesto, reclamos efectivos. Al mismo tiempo, no hay que pasar por alto los consejos de carácter literario que el propio autor vierte en sus misivas. Así, repite con frecuencia que, si bien para una buena formación es importante escribir, no hay que precipitarse a la hora de publicar lo escrito. Da la impresión de que esta máxima se la aplica a sí mismo en lo que parece un calculado equilibrio entre el tópico de modestia y una sincera convicción sobre la necesidad continua de limar los trabajos antes de darlos a la luz (*ep.* 3); en otras ocasiones, las llamadas de atención se dirigen a otros, a los que se pide, como se ha visto, que no se den tanta importancia por haber publicado unas cuantas naderías (*ep.* 99).

En esta línea de estricta censura, destacan unas cuantas cartas críticas contra algunos que se habían crecido demasiado por su facilidad para componer versos, y se insiste con frecuencia en la necesidad de ejercitar la autocorrección, como en *ep.* 131, en que aconseja a uno que deje de componer versos y se centre en la *oratio soluta*, o en la *ep.* 143, donde pide a su corresponsal que se sosiegue, pues *nam quo quaeque res est acceleratior, eo minus perfecta*. Es importante no perder de vista tales consejos estilísticos, susceptibles de aplicar por igual al latín y al vernáculo de la época. Del mismo modo, en la *ep.* 29 se exponen las opiniones del autor sobre el estilo epistolar de su corresponsal, lo que puede leerse como una verdadera declaración de principios (transcribo esta carta íntegramente):

Nunquam fere ad me scribis, quin opinionem meam roges, quid de stylo tuo mihi videatur. Sed sane quid respondeam, nihildum certum habeo, quod certum et sui similem scribendi modum non habeas. Nunc enim impendio te delectat laconismus, nunc varia verborum supellectile orationem locupletas. Nihil tamen (ut vere dicam) adhuc reperi quod abhorreat a castimonia linguae Romanae neque est ullus qui sermonis tui puritatem non deosculetur, nisi quibusdam molestum et grave esset auditu, quod pleraque triduo tibi fingas elaborata, in quibus tamen temporis multum et operae collocasti. Hac ostentatione si careres, nihil daretur tibi

probro; at dum ingenii gratiam studes demereri, ociosam lectorum in te garrulitatem excitas suscitasse et facis ut immodicis nugis obstrepant arrogantiae tuae. Quare vide ne dum tibi places, multis displiceas.

[Casi no hay vez en que me escribas que no me preguntes qué me parece tu estilo. Realmente no sé bien qué responderte, porque no tienes una manera de escribir fija y homogénea, pues unas veces te gusta mucho el laconismo; otras, enriqueces tu discurso con una variada batería de palabras. Sin embargo (para decir la verdad) hasta ahora no he hallado nada que se aparte de la puridad de la lengua de Roma ni existe nadie que no celebre la pureza de tu expresión, a no ser que a algunos les resulte molesto y pesado de oír el que finjas que has trabajado tres días en cosas en las que has invertido mucho tiempo y esfuerzo. Si estuvieras libre de esta petulancia, esto no sería un oprobio para ti; pero mientras te afanas en ganarte el reconocimiento de tu ingenio, excitas y provocas la ociosa charlatanería de los lectores contra ti, y logras que, a causa de unas naderías poco moderadas, se quejen de tu arrogancia. Por eso mira que no desagrades a muchos mientras buscas complacerte a ti mismo].

En otras palabras, la carta prescribe el uso de un mismo estilo caracterizado por la sencillez, pues una excesiva ampulosidad puede provocar el rechazo al ser interpretada como un alarde de ingenio y, por lo tanto, como una muestra de arrogancia. Por ese motivo, en las *ep.* 61 y 62, Ravisio desaconseja leer autores muy antiguos, que sólo valdrán para crear oscuridad, confundir a los lectores y dar quebraderos de cabeza a los estudiosos. Tampoco conviene perderse en un mar de excesivas lecturas, que sólo son de utilidad para aquellos que ya han andado un largo trecho en el estudio; por el contrario, todos los esfuerzos han de concentrarse en Cicerón, *quem semper velut archetypum feras cuiusque succum imbibas et doctrinam*. Con esta declaración de principios, es fácil comprender el alcance preceptivo de sus misivas, que pretenden consagrar el modelo ciceroniano, aunque no se puede afirmar que Ravisio fuese un purista a este respecto, pues su preocupación por el léxico le lleva a aceptar otros modelos y fuentes. Según se desprende de estas dos misivas, los principiantes debían formarse con la lectura única de Cicerón para después, con el tiempo, acudir a otros modelos, siempre y cuando se conservasen las proporciones y el principio del *decorum* y la *perspicuitas*, que han de regir la

composición de los textos. En esta misma línea se inscribe su crítica a la obra enviada por un amigo suyo (*ep.* 125):

Si me audis, cave ne quid facias horatiano monstro simile neve unum alterum assuens pannum ad intempestivas digressiones prodigaliter evageris. Lectores enim risum tenere nequeunt quum quis ab ipso principio verbis sexquipedalibus ampullatur, demum remisso et languente paulatim stylo serpit humi. Stude brevitati quanta maxima poteris diligentia, modo tamen propterea non fias obscurus. Cave ab ampullosis illis et confragosis dictionibus, sed eatenus, ut propterea nervi et animi non deficient. Vale.

[Si me escuchas, procura no hacer algo semejante al monstruo de Horacio ni zurciendo un jirón con otro te pierdas por completo en digresiones que no vienen al caso. Los lectores, sin duda, no pueden contener la risa cuando uno se pone ampuloso al principio con palabras de extensión desmesurada y, al final, con un estilo achicado y que languidece poco a poco, se arrastra por el suelo. Afánate lo más que puedas en ser breve, siempre y cuando no te hagas oscuro. Evita las expresiones ampulosas y rebuscadas, pero de tal modo que no se echen en falta ni nervio ni garra].

Una vez más, se insiste en la brevedad y la sencillez al tiempo que se critican la ampulosidad y el rebuscamiento. Como reconoce el propio autor, se utiliza la imagen (y las palabras) del *Ars Poetica* horaciana (vv. 1-20), aunque con una intención distinta, pues Horacio se refería a la unidad de la obra literaria en tanto que Ravisio se centra una vez más en los entresijos del léxico y el estilo. Téngase en cuenta que el momento era el adecuado para reivindicaciones tales, como se demuestra por esa otra afirmación rotunda de su a poco coevo, el español Juan de Valdés, en el *Diálogo de la lengua*: “el estilo que tengo me es natural y sin afetación ninguna escribo como hablo [...]; porque a mi parecer en ninguna lengua está bien el afetación”. En definitiva, el epistolario de Ravisio se presentó a sus lectores, un amplio grupo de estudiantes y de profesionales de las letras, como un perfecto espejo en el que mirarse, pues su lectura, como ya indicaba el editor y corrector de las epístolas, resultaba edificante desde un punto de vista moral y altamente instructiva desde el punto de vista gramatical y retórico. Este significado general del epistolario como modelo de escritura y como modelo vital, en que la profesión docente se dibuja como misión

redentora, queda patente en la última carta que sirve de cierre al conjunto, la *ep.* 149, donde con firmeza se pide al alumno que continúe bajo su tutela para aprender siempre y cuando asuma la estricta disciplina que constituye el pilar de su método: la firmeza, la amistad y la confianza absoluta en el poder de las letras, presentadas como el medio más eficaz para lograr una vida honesta y digna, son el *Leitmotif* de este manual de vida y de literatura, plasmación última de que el método de enseñar a través de polianteas y florilegios daba también buenos frutos.

Jiménez Calvente, Teresa, “*Compara tibi praeceptorem sanctissimum*: las epístolas de Ravisio Textor como manual de epistolografía y algo más”, *Revista de poética medieval*, 17 (2006), pp. 335-368.

RESUMEN: A pesar de la enorme fama de Jean Tixier, Señor de Ravisio (*Ioannes Ravisius Textor*), y de las continuas alusiones a su obra desde el siglo XVI hasta nuestros días, disponemos de escasa información sobre su vida e intensa labor literaria. Este trabajo intenta desentrañar algunas de las claves de su pensamiento y profundizar en los principios estéticos y literarios que alientan sus obras, en especial sus *Epistolae*, un texto al que no se ha prestado excesiva atención hasta el momento. Según se muestra en este trabajo, éstas se configuran como un magnífico manual para el aprendizaje de la técnica compositiva a la par que como un instrumento para la transmisión de enseñanzas de índole moral y estética a sus lectores.

ABSTRACT: In spite of Jean Tixier de Ravisi's (*Ioannes Ravisius Textor*) long-lasting reputation and the continuous and wide-spread quotations of countless passages of his *scripta*, information related to his life, circumstances and literary ideals is rather poor. The present article deals with Ravisius' thought and tries to establish some literary principles within his prologues and *Epistolae*, paying special attention to the latter, which are no doubt the less known among all his writings. As shown in this article, Ravisius' letters are not only literary models, as they also give some precise and valuable data about his twofold main goals, offering, all at the same time, aesthetic and moral lessons to his readers.

PALABRAS CLAVE: Humanismo. Ravisio Textor. *Epistolae*. Gramática. Poética.

KEYWORDS: Humanism. Ravius Textor. *Epistolae*. Grammar. Poetics.